

En efecto, mis señores: eran los momentos en que todos los ánimos se hallaban agitados en la antigua Cómpluto, hoy Alcalá de Henares, y los cristianos veían el peligro en que se hallaban de perder la vida, á lo que estaban resueltos antes de volver la espalda á Jesucristo; y como quiera que Dios se vale de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes, dispone en sus altos juicios que dos tiernos infantitos sirvan de ejemplo que anime á los mayores para sufrir persecucion y muerte por la justicia. Justo y Pastor, ínclitos patronos de este pueblo, son los señalados por el dedo de la Providencia para admirar al mundo con su valor y fortaleza.

Hijos de padres cristianos, cuyos nombres no nos ha transmitido la historia, habian recibido una educacion bien diferente por cierto de la que hoy suele darse á los niños: no se habian instruido en esos ramos que nuestra actual sociedad llama de adorno; pero sí habian tratado sus virtuosos padres de hacerles adelantar en la ciencia de la salvacion. Siete años de edad contaba Justo, y nueve Pastor, y ya conocian á Jesucristo, mejor que hoy le conocen hombres encanecidos: sabian que habia muerto por nosotros, y que el cristiano debia estar dispuesto, si necesario fuera, á morir en su defensa; y tenian un exacto conocimiento de que el hombre solo puede ser feliz en la posesion de Dios. Veamos el resultado de tan cristiana educacion.

No bien Justo y Pastor se hubieron apercebido de un bando hecho publicar por Daciano, en el cual se ordenaba que fuesen muertos en los tormentos todos aquellos que no renunciassen la religion cristiana y adorassen los dioses, protectores del imperio de Roma, empiezan á tratar entre sí de las grandezas de la reli-

gion, de lo heróico que sería morir en su defensa, y de lo mucho que animaria á los demas cristianos el ejemplo que ellos siendo tan niños podian darles entregándose á los tormentos por amor á Jesucristo: dijeron, é impulsados seguramente por el influjo del Espíritu Santo, cuando se dirigian á la escuela, tuercen el camino y se dirijen á casa de Daciano, y encontrándose con sus ministros, les dicen con la mayor libertad: «si buscáis cristianos á quienes atormentar, aquí estamos nosotros que detestamos á los ídolos, y creemos en Jesucristo, verdadero Dios, por el que gustosos derramaremos nuestra sangre.» ¡Salve, gloriosos confesores del Redentor de la humanidad! Dad un paso mas, conservad esa fortaleza de que os hallais revestidos y tras unos cortos padecimientos encontrareis una gloria inmortal.

Daciano es sabedor por sus ministros de la pública confesion de aquellos niños, y no así ruge el leon hambriento en medio del espeso bosque, como rabia de desesperacion el inícuo Pretor al ser sabedor de lo que verdaderamente podia considerarse como un prodigio. Sin embargo, no determina hacerlos comparecer en su presencia, conociendo que habian de hablar en su mismo tribunal con la misma decision, lo que á mas de ser una confusion para su autoridad, produciria en los demas cristianos un efecto contrario enteramente á sus ideas, porque se afirmarian en la fé con este ejemplo, y se animarian á padecer y morir por el Crucificado del Gólgota. Así es que manda sean azotados á fin de hacerles mudar de conducta por este castigo, el mas propio que encontraba, atendida su edad.

¡Ah! ¡Qué tierno espectáculo presentaban aquellos inocentes corderos, cuando eran conducidos al lugar

destinado para este padecimiento! Dejemos hablar á San Isidoro, en las lecciones del oficio de nuestros Santos: Justo, que era el menor en edad, decia á su hermano: No temas, Pastor, hermano mio, la muerte del cuerpo, que nos espera, ni los tormentos que hemos de sufrir, pues el Dios que nos ha llamado á tanta gracia, nos dará las fuerzas necesarias y dispondrá que consigamos la palma del martirio. Nuestra vida en este mundo habia de ser breve y perecedera: pero en el otro gozaremos de una vida eterna, colmada de inesplicables delicias. Pastor escucha atentamente el razonamiento de su hermano, é inflamado en el amor de Jesucristo: «Oh hermano Justo, esclama, has hablado dignamente y nada debe de acobardarnos: cerremos nuestros oidos á las persuasiones de nuestros padres, si quieren apartarnos de nuestros propósitos, y busquemos por el martirio esa gloria inmortal, á cuya posesion debe aspirar todo cristiano: démonos priesa para llegar á esa celestial morada, donde pediremos á Dios perdon de los pecados de nuestra infancia y de los de nuestros padres.»

¡Qué pasmo! ¿Os parece, mis hermanos, el lenguaje que acabais de oir propio de unos niños de tan corta edad? ¿No os admira el valor y el heroismo de estas tiernas criaturas? ¡Ah! ¡Cuán admirable se muestra el Señor en sus escogidos! Cual el Profeta de los Salmos, Justo y Pastor miran el mundo como un lugar de destierro que les impide volar al cielo, y cual el Apóstol de las gentes que miraba como basura todas las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, aspiran tan solo á la felicidad del cielo.

Seguid, ¡oh santos niños! seguid esa hermosa carrera que habeis empezado, y no volvais vuestra

vista á este mundo, donde no reina otra cosa que la falsedad y el engaño: levantad al cielo vuestra vista y observad el gozo de los bienaventurados que admiran estáticos vuestro valor y fortaleza; ved esos ángeles que tienen en sus manos palmas y coronas destinadas para vosotros; himnos sonoros resuenan ya en el coro de los mártires donde sois esperados. Corred, pues; corred presurosos al martirio, y al paso que la Iglesia triunfante abrirá sus eternas puertas para recibir dos nuevas víctimas del Evangelio, la militante ofrecerá en todos los siglos futuros á los fieles en las imágenes que os dedique dos admirables modelos de virtud y de fortaleza.

En efecto, mis señores; con semblante risueño recibieron los santos niños los azotes que sobre sus espaldas eran descargados por los robustos brazos de los verdugos: estos quedan atónitos y pasmados al ver tanta constancia, y al observar que nada les intimidaba aquel tormento, se presentan á Daciano á darle cuenta de cuanto habian visto y observado. ¿Qué creéis que hará el tirano al escuchar tan pasmosa relacion? ¿Acaso hacerlos conducir á su presencia? De ningun modo, porque conocia que habian de usar el mismo lenguaje, y esto era para él una ignominia: la soberbia que estaba apoderada de su corazon no le permitia el dejarse confundir por unos niños, y así ordena que los sacasen secretamente de la ciudad y los degollasen en el campo.

Vencísteis, jóvenes ilustres: suspirábais por el martirio, y ya ha sido pronunciada la sentencia; deseábais verter vuestra inocente sangre en defensa de Jesucristo, y ya está afilada la cuchilla; acérca-se el feliz momento en que vais á ser contados en

el número de los gloriosos mártires de la religion. ¿No era esta la dicha por que anhelabais? ¿No haciais consistir en esto vuestra felicidad? Pues dad gracias á Dios que os ha concedido cuanto deseabais.

Asi fué, mis señores: en cumplimiento de la órden de Daciano los dos niños Justo y Pastor son sacados fuera de la ciudad, cayendo la cuchilla sobre sus cuellos, y dando con la efusion de su sangre un claro testimonio de la fé que ardia en sus corazones: los ángeles recogen sus almas para presentarlas sobre las aras del Cordero inmaculado: en el cielo entonan los bienaventurados himnos sonoros, y en la tierra reconoce el cristianismo á través de los tiempos en nuestros santos niños dos héroes admirables, dignos modelos de los hijos de la Iglesia.

Disfrutad para siempre ¡oh ínclitos jóvenes Justo y Pastor! esa gloria que supísteis conquistar con vuestras virtudes y fortaleza. Nosotros al cantar vuestras alabanzas no hacemos otra cosa que reproducir ese eco sublime que á través de los siglos viene transmitiendo la memoria de vuestro martirio.

Señores: los santos niños patronos y tutelares de este pueblo nos están diciendo y demostrándonos con su conducta, que ellos sirvieron á Dios en espíritu y se gloriaron en Jesucristo. *Nos sumus qui spiritu servimus Deo et gloriamur in Christo Jesu.* ¡Leccion sublime y llena de elocuencia para los cristianos tibios é indiferentes que en todo piensan menos en llenar los fines para que fueron criados! La fé es un don de Dios, una virtud sobrenatural de indispensable necesidad, en términos que sin ella no podemos salvarnos; empero de nada sirve, como no sea para ma-

yor confusion, una fé estéril, una fé sin obras, que es una fé muerta. Cristianos: vosotros todos profesais por la misericordia de Dios la fé de Jesucristo, como la profesaban los santos niños Justo y Pastor; sois como ellos miembros de la Iglesia de Jesucristo, y aspirais á la posesion de la gloria que ellos conquistaron con su sangre. Ahora bien, ¿es vuestra fé parecida en algo á la de nuestros santos? No se os exige que como ellos corrais á los tormentos, porque felizmente la Iglesia de Jesucristo no sufre hoy entre nosotros esas grandes persecuciones que producen mártires: pero esa admirable constancia, esa fortaleza que en ellos resplandeció y que fué una demostracion palpable de la fé de que estaban adornados, debe tambien resplandecer entre nosotros, porque si no tenemos que combatir con tiranos, tenemos sí que sostener una lucha terrible con nuestras propias pasiones, que continuamente se rebelan contra el espíritu. ¿Y sabemos resistir? ¿Y procuramos siquiera conseguir el triunfo y la victoria? ¡Ah, cuán lejos estamos de tener la fé de Justo y Pastor!

Cuando la Iglesia nuestra Madre celebra las festividades de los bienaventurados, y dispone que se prediquen al pueblo sus virtudes, no es tan solo para que las admiremos, sino tambien para que nos sirvan de ejemplo y procuremos imitarlas. Vosotros, habitantes de este pueblo, reconocéis por patronos á Justo y Pastor, y apenas abristeis los ojos á la luz del mundo, fuísteis acostumbrados por la piedad de vuestros padres á venerarlos, y á invocarlos en todas vuestras necesidades, esperando siempre el conseguir de Dios Omnipotente el reme-

dio de todos vuestros males por la intercesion de estos santos niños. Ahora bien, ¿estarán ellos dispuestos á interceder por vosotros, si olvidados de vuestros deberes religiosos vivís envueltos en la maldad y en el crimen? No, mis hermanos: para merecer la proteccion de Justo y Pastor se hace preciso é indispensable ser imitadores de sus heroicas virtudes, y estar dispuestos á derramar como ellos, si necesario fuera, hasta la última gota de sangre en defensa de Jesucristo y sus soberanos derechos, y tener una vida santa, de suerte que podamos esclamar como nuestros santos: Nosotros somos los que servimos á Dios en espíritu y nos gloriamos en Jesucristo. *Nos sumus qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu.*

Aceptad ¡oh santos ilustres! los testimonios de nuestra devocion y confianza: escuchad benignos nuestros ruegos en favor de esta nacion católica que es vuestra pátria; desde esa morada feliz do habitais dirigid una mirada de compasion sobre este suelo español tan fecundo en otros tiempos de mártires ilustres, de celosos confesores y santas vírgenes. Interceded con el eterno á fin de que no se apague jamás entre nosotros la luminosa antorcha de la fé: que una paz estable y duradera reine en esta trabajada nacion digna de la mejor suerte. Conseguidnos la gracia de que salgamos incólumes de la desecha borrasca que aun todavia amenaza nuestras creencias religiosas, y que llegue un dia en que podamos ceñir en nuestras sienas la verde y hermosa aureola de los predestinados, para que en vuestra compañía cantemos himnos de alabanza y bendiccion á nuestro Dios en el seno de la verdadera inmortalidad que es la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SANTA RITA DE CASIA.

*Dilexisti justitiam et odisti iniquitatem:
propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo
lætitiæ.*

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso tu Dios te ungió con el óleo de la alegría.

Ps. XLIV, v. 8.

La historia del cristianismo es ciertamente la historia de las maravillas de Dios obradas en sus criaturas. Desde que los primeros discípulos del Salvador en cumplimiento de aquella orden terminante que recibieran de su Maestro: «Id y enseñad á todas las gentes,» empezaron á estender por toda la tierra la verdad católica, la doctrina evangélica, destinada á regenerar las sociedades y hacer conocer á los hombres que el Crucificado del Gólgatha era el camino, la verdad y la vida, establecióse el reino de la caridad, de esa caridad que uniendo á los hombres con el Criador, los une tambien entre sí, formando de todos ellos una sola familia, un solo cuerpo de adoradores del verdadero Dios, seguidores de la doctrina evangélica, unidos por los lazos del amor mas puro.